

del sér, por el sentido de nuestro destino, Dostoievski no tiene, probablemente, nada que decirle. En realidad, lo que él

aporta, su mensaje, no es la última palabra del cristianismo. No. Es la primera.

F. C. N.

«PIEDRA Y CIELO»

Un grupo de poetas colombianos que pertenecen a la promoción de más reciente ingreso en el ejercicio de las letras, tiene ahora su vocería en las entregas poéticas "Piedra y Cielo". Estas palabras juan-ramonianas encierran el triple sentido de un lema, una consigna y una definición de poesía. Piedra y Cielo. La arena y el ángel. El ala y la raíz. El barro y el infinito. La tierra oscura y amarga y la flor que abre sus pétalos como párpados al asombro de los cielos unánimes. Carlos Martín, Camacho Ramírez, Aurelio Arturo, Vargas Osorio, Gerardo Valencia, Antonio Llanos, Dario Samper, Jorge Rojas. Creo que esta nómina brillantísima resume —salvo alguna posible omisión— todos los matices e intenciones de la última poesía nacional. Que es en Carlos Martín, dorada gracia de flor y de sonrisa, alta torre de luna en donde una sonámbula muchacha de nardo está cautiva. Que es desesperada exploración por amorosas aguas en Camacho Ramírez, y clamante angustia vuelta hacia Dios en Antonio Llanos. Y orilla del va-

lle del sur, tierno y jugoso y tibio y húmedo en la voz con niebla de Aurelio Arturo. Y cuerda de llanto y aroma para decir la antigua ternura familiar y el desolado amor como isla abandonada, en Gerardo Valencia. Y caliente guitarra con alas en Dario Samper. Y tenaz viaje melódico por la sangre y por el sueño, en Jorge Rojas. Es necesario escribir con orgullo juvenil, que quizá ninguna entre las anteriores generaciones pueden poner en pie sobre una página un tan cabal grupo de poetas como éste de mi generación, entre la piedra y el cielo. Y tan henchido de responsabilidad vocacional. Y tan atento, a la vez, al pulso de América y a los aires universales. Y tan empeñado en una salubre revolución. Y tan resuelto a abrirse paso contra viento y mediocridad. En un país de escritores sin posibilidades editoriales, tiene un nobilísimo significado la iniciativa que capitanea el espíritu alerta y generoso de Jorge Rojas. Lo que se ha convenido en denominar "poesía nueva", está sujeto en Colombia a un asedio de equi-

vocos, a un cerco de confusiones, atribuible, en parte, al retraso natural de la sensibilidad media en cuestiones de arte, en parte también a la irresponsable facilidad con que se teoriza sobre estas cuestiones. No es preciso hablar, naturalmente, del emponzoñado aliento de la caverna conscientemente empeñada en borrar cuanto amenaza en Colombia. Además, la pereza mental ambiente se refugia de ordinario en los cómodos sillones del lugar común que sirven para dogmatizar con desenfado sobre todas las cosas. Como factor decisivo en la incompreensión y enemistad hacia ciertas fórmulas artísticas, que en otras partes son ya clásicas, debe anotarse la insuficiencia básica de esa educación literaria —formalista y retórica y lastrada de interesados prejuicios reaccionarios— que ordinariamente se hace sufrir a nuestros muchachos. Todavía "se educa", mejor dicho, se deforma la sensibilidad de la juventud con "trozos escogidos" de versificadores ahorcables, de sosos prosistas infimos. Todavía se vierte sobre las inteligencias juveniles un diluvio de ineptias y necedades sobre ciertos conceptos como clasicismo,

gongorismo, modernismo. Las gentes nuevas de Colombia están bajo el imperioso deber de llenar de consignas aclaradoras todas las esquinas del aire de la patria. De insistentes pregones. De señales luminosas. Hasta que se vea claro. Alguna vez Marinetti ofrecía su sangre por la redención del mundo y de la poesía. No es para reír. La poesía no constituye para nosotros un pasatiempo bailable, ni una amable distracción de sociedad, ni un juego habilidoso. Es algo sagrado y trascendente. Un desvelado estar en dramática zona de peligro. Por eso nuestro nombre se halla, cara a la polémica, en la puerta combatida de las entregas "Piedra y Cielo".

Las entregas de poesía "Piedra y Cielo", que han suscitado en torno un tan vivo aire de polémica, son hasta ahora las siguientes: "La ciudad sumergida", por Jorge Rojas; "Territorio amoroso", por Carlos Martín; "Presagio del amor", por Arturo Camacho Ramírez; "Regreso de la muerte", por Tomás Vargas Osorio; "Seis elegías y un himno", por Eduardo Carranza y "El ángel desalado", por Gerardo Valencia.

E. C.

